

Memorias / Segunda Guerra Mundial

Heinz Schäffer EL SECRET DEL "U-977"

U-977 - 66 Tage Unter Wasser

Kheper

El Secreto del «U-977»

Por el Oberleutnant Zur See
Heinz Schäffer
de la ex-marina de guerra alemana

Prólogo

Los ex combatientes de la primera guerra mundial, apenas terminada la contienda, obtuvieron libertad para expresar y narrar detalladamente sus peripecias en el frente. A diferencia de ellos, guardan silencio hasta ahora los jóvenes sobrevivientes de la segunda guerra mundial. Únicamente pueden proceder así los hombres cuyo sacrificio parece haber sido vano y cuyo porvenir, ante una nueva amenaza de guerra y una crisis general de valores, está sumido en la incertidumbre.

Esto es igualmente cierto para todos los jóvenes soldados de los pueblos occidentales, pero en especial para aquellos últimos representantes de las unidades alemanas, materialmente aplastadas y vencidas en los frentes, que esta vez no han tenido ni aun la oportunidad de hacerse escuchar.

Yo no soy más que uno de estos ignorados jóvenes sobrevivientes alemanes de la segunda guerra mundial, y callaría, junto con mi generación, si pudiera callar; si el secreto del «U-977», cuyo último comandante fui, no debiera ser esclarecido, y si yo, aquí, en el extranjero, no pudiese hablar mucho más libremente que mis camaradas en la patria.

Cuando comencé a escribir este libro sentí de inmediato el peso de la responsabilidad que asumía. A excepción del libro escrito a comienzos de la guerra por el inolvidable Günther Prien, no se ha publicado aún, al menos que yo sepa, ningún relato auténtico de un combatiente del arma submarina alemana de la segunda guerra mundial, pues las grandes figuras indicadas para hacerlo yacen en féretros de acero en el fondo del mar o bien no han llegado a empuñar la pluma en la confusión de la postguerra.

Yo, en cambio, soy uno de los soldados desconocidos del frente naval y sólo puedo otorgar a mi narración la autoridad que emana del decoroso cumplimiento del deber.

Esto es naturalmente poco en comparación con el renombre y las proezas de los grandes héroes de mi arma, pero mucho ante el hecho de que, si bien ya se han publicado algunos interesantes relatos auténticos de miembros del Ejército y de la Fuerza Aérea, nadie ha descrito aún el desempeño de los «Caballeros de las Profundidades» en la hasta ahora más terrible de todas las guerras.

En tierra y en el aire, Alemania combatió, al principio con fuerzas de poderío similar y con un potencial de preparación suficiente.

En cambio, en el mar el enemigo contó desde el comienzo con fuerzas muy superiores, y debimos tratar de suplir la falta de material con el más grande sacrificio personal de cada uno, lo que se consiguió plenamente. Para ello cada hombre debió desarrollar un esfuerzo desmesurado.

La entereza evidenciada por el pueblo alemán en el cumplimiento de sus deberes constituye uno de los capítulos de la guerra que no se puede pasar por alto ni olvidar.

Además, mi aventura personal de guerra tuvo un final especialmente interesante, por

haber sido uno de los primeros viajes de larga distancia de la historia naval realizados en inmersión, y por las conjeturas de alta política que del mismo se derivaron. Este aspecto particular de mi aventura me impulsó, ante todo, a escribir este libro. El lector hallará una exposición más detallada al respecto en el último capítulo.

Estas líneas están dedicadas a la tripulación de mi submarino, mis camaradas en el inolvidable viaje hacia la Argentina, a mi madre, que desde mi más tierna infancia supo despertar en mí la pasión por el mar, y a mi esposa, que tan diligentemente me ayudó a compaginar este modesto libro como homenaje al arma submarina alemana.

Heinz Schäffer

Buenos Aires, septiembre de 1950

Capítulo 1

Recordando el Pasado

Grises tiempos de posguerra; especialmente grises en Alemania, tierra de vencidos; particularmente duros tanto para el veterano soldado de carrera como para el hombre joven que pasó en el servicio de las armas los mejores años de su existencia; ahora, como civiles improvisados, deben arrostrar otra vida para la que, si bien en el aspecto humano están magníficamente preparados, su falta de práctica constituye un serio obstáculo.

En estos tristes días de rutina de la posguerra lucho, al igual que millones de ciudadanos alemanes que el huracán respetó, por los medios de subsistencia, sin recordar el pasado. En épocas así uno desearía tener anteojeras como los caballos de tiro, para no ver en su tremenda magnitud el mar de amargura y de tristeza que estamos atravesando. Pero las ruinas, materiales y humanas, son abrumadoras y no se pueden ignorar. Mantenerse en este ambiente, no es sólo una cuestión de dinero o del estómago, sino, ante todo, un problema espiritual.

Yo nací en Berlín, pero el destino me llevó a Düsseldorf, a orillas del Rin. También ésta, la que fue un día una hermosa y alegre ciudad, está ahora casi irreconocible. Precisamente hoy he efectuado un corto paseo por el centro. A mi alrededor gente flaca y mal vestida, armazones de casas destruidas y uniformes extranjeros de las fuerzas de ocupación.

Voy meditando por la vieja y conocida *Koe*, la Königstrasse, pensando que ya nos hemos habituado a muchas cosas y que probablemente deberemos acostumbrarnos a muchas más, cuando de improviso mi oído percibe un número, cuyo sonido captaría tal vez aun siendo sordo, ya que fue el símbolo breve y escueto bajo el que se desarrollaron los últimos meses de mi agitada actuación en la guerra naval.

En alguna parte, y a intervalos, creo oír que alguien grita: “977-977-977”. El submarino que comandé en la última fase de la guerra tenía la característica “U-977”. Y así podrá uno imaginarse por qué dicho número me electriza.

Lo oigo hoy, por primera vez, después de muy largos meses de haber sido prisionero de guerra, en el extranjero y en mi país, y no estoy seguro si es que realmente he oído el número, o bien si ello ha sido sólo producto de mi fantasía.

Escucho atentamente, pero sólo siento el ruido seco que producen las suelas de madera, que están de moda en estos tiempos de escasez, y el monótono ruido de los pasos que se arrastran sobre el pavimento. No, no he oído nada. Indudablemente, es tan sólo en mi imaginación que he creído oír decir “novecientos setenta y siete”.

El maremágnum que transita por la *Koe* me arrastra nuevamente. Sigo caminando apresuradamente y llego así frente a un kiosco de diarios. Un vendedor, viejo y mal vestido, grita a los cuatro vientos con su enronquecida y casi graznante voz de anciano: *¡Hitler vive! ¡Hitler vive!*. ¿Qué ficción sensacional no ha sido lanzada desde la terminación de la guerra, para sostener a la prensa oficial?

Me pregunto en qué turbia redacción fue inventada esta absurda *news*, y quiero pasar de largo ante el vendedor de periódicos, cuando veo los llamativos encabezamientos del diario que me presenta el anciano. Y allí leo: “U-977. . .”

¿O quizá me he engañado una vez más? ¿Estoy tan aturdido como todos aquellos que tienen que vivir entre los escombros de las grandes ciudades?

Miro fijamente y vuelvo a leer el encabezamiento del periódico. Esta vez leo correctamente y claro: ¡*Hitler vive!* Y luego, debajo, en caracteres más pequeños: *Se fugó a la Argentina a bordo del U-977*. Quedo plantado en medio de la calle como si hubiese echado raíces y me sobreviene tal ataque de risa que las jóvenes y los transeúntes del Paseo de Düsseldorf me miran asombrados y, temerosos, me esquivan.

Piensan seguramente: “Otro que perdió el juicio a causa del hambre”.

Mi estómago está en cierto modo satisfecho y mi mente realmente despejada. Me río solamente por esta falsa noticia sensacionalista, puesto que, en definitiva, sé más sobre el último viaje del “U-977” que la totalidad de los periodistas de la tierra juntos.

¡Veamos qué dice este diariucho!

Soy uno de los muy pocos transeúntes que lo compran.

Con él bajo el brazo me dirijo a un bar, y pronto, con un vaso de cerveza aguada de posguerra, me entero de la noticia *bomba*. Se trata de una agencia noticiosa de Buenos Aires según la cual un cierto Ladislao Szabo ha publicado en la capital argentina un libro bajo el título de: ¡*Hitler vive!*, donde expresa que el “U-530”, el submarino de mi camarada de armas Wehrmut, y el “U-977”, mi buque -las dos únicas unidades de la ex-Marina de Guerra alemana que, mucho después de la capitulación de Alemania, entraron en puertos argentinos-, habían integrado la escolta de un *convoy fantasma* en el cual Hitler y otros cabecillas del Tercer Reich huyeron primero hacia la Argentina y luego a la Antártida. En la noticia se dice que Szabo ha corroborado sus declaraciones con una serie de indicios y detalles. También se incluye un mapa del derrotero del viaje del *convoy fantasma*, en el cual se indica la posición donde debieron destacarse de él ambos sumergibles. Además, los dos comandantes de los submarinos alemanes habrían desempeñado un papel importante en su argumentación.

Naturalmente, no tengo el placer de conocer en persona al señor Ladislao Szabo y sé que tampoco Wehrmut ha visto jamás al hombre que nos ha convertido en celebridades tan sensacionales.

¡Quién sabe de dónde tomó sus datos el escritorzuelo de Buenos Aires! Me divierten ampliamente, mientras provengan de la agencia noticiosa. Es indudable que el libro ha de ser mucho más divertido, pero la Argentina queda muy lejos.

Sin embargo, esta publicación en la Argentina tiene también un aspecto no muy agradable para mí, sobre todo porque desde el 17 de agosto de 1945 me persiguen con la afirmación: *Usted, Schäffer, llevó a Hitler a la Argentina*.

Siempre debí defenderme contra esta sospecha ante enviados especiales de una comisión aliada, que volaron expresamente a Buenos Aires; luego frente a hábiles oficiales del Servicio de Inteligencia del Pentágono de Washington, que me hicieron trasladar especialmente allí en avión, y también ante especialistas del Almirantazgo británico. ¿Significaría ahora para mí el libro de Szabo una nueva serie de interrogatorios, declaraciones, levantamientos de

actas, etc.?

Lo considero improbable, ya que aclaré reiteradamente a las autoridades todos los pormenores de mi viaje, que, aparentemente, resulta en efecto algo misterioso.

Mientras tanto me divierte todo este asunto. Todo el mundo lee ahora la tan excitante noticia periodística proveniente de Buenos Aires, y se deja ilustrar por el señor Szabo sobre la fuga de Hitler. Y yo, uno de los hombres que más decididamente habrían cooperado en esta fuga, estoy sentado indemne, cual inofensivo civil, en un bar de Düsseldorf y... sé tan poco de la fuga del hombre que rigió los destinos de Alemania, que también yo debo recurrir a la noticia del periodista porteño para enterarme de los pormenores.

De ningún modo me siento lisonjeado porque mi nombre sea mencionado en relación con el supuesto “más grande misterio de esta posguerra”, pero siento, ahora más que nunca, la obligación de exponer por mí mismo ante la opinión pública la realidad de las cosas. No en vano se llega a ser, inesperadamente, un “famoso desconocido”.

Recuerdo aún claramente la gran resonancia que tuvo mi “caso” en Washington. Los oficiales del Servicio de Inteligencia del Tío Sam vieron en mi persona la clave de uno de los tantos “casos” no solucionados de la guerra pasada. Uno de ellos se atrevió a decirme: *Schäffer, usted es para nosotros, como encubridor de Hitler, mucho más interesante y más peligroso que Skorzeny, el legendario libertador de Mussolini*. Entretanto pude tranquilizar a esos irritados señores y tal vez habría logrado hacer lo mismo con el señor Szabo si lo hubiera conocido. Mas, como se ve, él se ha preocupado por renovar aquella aureola que me rodea desde el 17 de agosto de 1945.

Entretanto ha oscurecido. Emprendo pensativo el regreso a mi casa. No tardo en llegar a mi triste habitación y me acuesto, pero la noticia de Buenos Aires ha provocado en mí una verdadera tormenta de recuerdos. Pese a mi mejor voluntad no consigo dormir; permanezco bien despierto en mi cama y contemplo fijamente el blanco cielorraso del cuarto, en el que se reflejan los faros de los automóviles que circulan por la calle. En mi imaginación una imagen desplaza a la otra. De cuando en cuando mis pensamientos avanzan por caminos fantásticos. Instintivamente comprendo cuán inquietante es en realidad el asunto en el que se pretende envolverme. Las leyendas, novelas y oscuros acontecimientos históricos como el caso Gaspar Hauser y el asunto del *Hombre de la Máscara de Hierro*, no podrían ser más sensacionales. El señor Szabo ha hecho de mí un *hombre misterioso*, o algo así como un Edmundo Dantés.

Pero allí, en el cajón de mi escritorio, están los estrujados cuadernos con mis apuntes de guerra. Una sola vez tuve oportunidad de leerlos a todos. Eso fue en el año 1945, cuando pasé las primeras veinticuatro horas en suelo argentino. Desde entonces no los he vuelto a leer. Estos cuadernos contienen la pura verdad sobre el misterioso viaje del U-977 y sobre el *encubridor de Hitler*, Heinz Schäffer. Y estos apuntes, que compaginé en los momentos libres a bordo, pues sentía el deseo de asentar todas las etapas de mi propio desempeño y todos los acontecimientos de la cruenta guerra submarina, son más que suficientes para echar a perder a la Editorial Tábano de Buenos Aires el negocio con el novelesco libro de Szabo.

Siento de pronto el imperioso deseo de tomar otra vez en mis manos estos diarios. Enciendo la lámpara del velador, me levanto y busco los papeles. Tienen aún aquel típico

olor a aceite, cabuyería, alquitrán y agua de mar del que se impregnan todas las cosas a bordo de un submarino. Lo aspiro profundamente, puesto que es un buen aroma varonil en tiempos como éstos.

Las hojas de los cuadernos están todavía hoy reblandecidas por la humedad del mar. Mi letra refleja claramente mi estado de ánimo en todas las fases de mi vida de marino. A veces es tranquila y serena, como en las prolifas páginas escritas con tinta durante mi instrucción preparatoria y en la Escuela de Submarinos. Otras veces es irregular, como en las hojas escritas a lápiz que durante mis diversas operaciones de guerra cubrí sólo con frases breves y palabras sueltas. Siguen otras sesenta y seis páginas tan prolifas y legibles que parecen una composición pasada en limpio cuando era alumno de segundo año del Nacional.

Mientras hojeo estos cuadernos, abro instintivamente las páginas que tratan de la llegada del U-977 al puerto militar argentino de Mar del Plata. Y las breves anotaciones se convierten en concretos recuerdos.

... Hemos entrado en el puerto de Mar del Plata y fondeamos bajo un sol radiante, rodeados por varios buques de la Marina de Guerra argentina. El jefe de la flotilla viene a bordo con su Estado Mayor. Mi tripulación completa está formada en cubierta. Personalmente hago la presentación militar en idioma alemán. El argentino evidentemente no entiende ni una palabra, aunque sí comprende el significado de la ceremonia. Saluda con excelente porte y me pregunta si hablo francés. Ahora por fin entramos en conversación. Me indica que dentro de media hora, a más tardar, deberemos abandonar el submarino. La tripulación podrá, no obstante, llevar todas sus pertenencias. Nosotros estábamos preparados para ello, de modo que no nos hallamos en la situación de tener que apresurarnos demasiado por falta de tiempo.

Se me permite despedirme de mi tripulación.

Ahora sobreviene para mí un instante de esos en los que, fuera de todo excesivo sentimentalismo, experimento íntimamente una profunda emoción. Todo marino, todo soldado, lo ha vivido en algún momento de su vida. Me encuentro ahora frente a mi tropa formada y comprendo, de pronto, que esta despedida significa también el fin de una etapa de mi propia vida. Veo los rostros de mis marinos, cuyos ojos inquisitivos están dirigidos hacia mí y reflejan expectación. En realidad, no se debiera hablar en tales circunstancias. Pero debo decir a estos bravos muchachos por lo menos algunas palabras de despedida, en el comienzo de esta penosa etapa de posguerra.

Aclaro mi garganta seca y hallo para mi arenga un tono que no es precisamente enérgico, pero que es tan profundo y sencillo como lo son nuestros sentimientos en este momento:

“Camaradas: Tal como decidimos el 9 de mayo de este año tan cruel, hemos logrado alcanzar un puerto argentino. Estoy convencido de que hemos procedido con acierto. Nadie se lamentará nunca de este viaje. Para la mayoría de nosotros constituirá un acontecimiento descollante de nuestras vidas; podemos además estar orgullosos del esfuerzo realizado. Esta separación es muy penosa para todos nosotros, luego de haber vivido tanto tiempo en comunidad, y de estar nuestros destinos tan estrechamente ligados, que llegaron a constituir un lazo indisoluble. En el futuro, cada uno será nuevamente señor de su destino y podrá tomar su propio camino en la vida. Pero ninguno debe olvidar que nosotros somos soldados alemanes, sobrevivientes de la más temida arma de esta cruenta guerra. Este pensamiento nos unirá también invisiblemente en el futuro

y nos exigirá una clara actitud. Yo os agradezco vuestra lealtad y vuestra confianza y os auguro el cumplimiento de todos vuestros deseos y esperanzas”.

Me despidió de todos con un apretón de manos. En los rostros barbudos de los marinos se refleja su emoción. Las lágrimas asoman en los ojos de muchos de ellos. También yo debo sobreponerme, para mostrarme sereno hasta el postrer momento.

Saludo finalmente al más joven de a bordo, a nuestro *Moisés*, y le doy la mano: *Por ti muchacho, no siento temor alguno. Tú ya seguirás tu camino. Buena suerte, Moisés.*

Después de haber estrechado a todos sus rudas manos de hombres de mar, tócame despedirme de nuestro fiel compañero de lucha, el U-977. Sobre las relucientes y soleadas aguas de Mar del Plata resuena, por última vez, una voz de mando alemana: *¡Tripulación, firme! Por nuestro camarada de acero, nuestro fiel e indestructible U-977, un triple ¡Hurra!: ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!*

Los oficiales argentinos presencian con recogimiento militar la breve ceremonia de despedida.

Luego me invitan, junto con mis oficiales, a embarcar en la lancha de jefes. La embarcación pone proa a un crucero fondeado en las proximidades. El U-977 desaparece de nuestra vista. En mi poder tengo todos los documentos del buque; a saber: el cuaderno de bitácora, las cartas marinas que fueron usadas y los libros de cálculos astronómicos, y me alegro de no haberlos destruido, pues todos ellos nos prestarán todavía eficientes servicios.

Durante el trayecto hacia el buque alojamiento de la flotilla submarina argentina empiezo a sospechar la significación que se atribuye a nuestra aparición en Mar del Plata. En efecto, se me pregunta de improviso: *Comandante, ¿ha tenido usted a bordo a Hitler, Eva Braun y Bormann? ¿Ha hundido usted al buque brasileño Bahía?*

Como yo niego decididamente, los argentinos sonríen.

Mis oficiales miran la negra cartera de documentos que tengo bajo mi brazo. Ella puede dar respuestas claras...

En la cubierta del *Crucero Belgrano* están formadas las tripulaciones de los submarinos argentinos. Una banda de música ejecuta una marcha. Ascendemos por la escala real. Me presento, junto con mis compañeros, al oficial de guardia. Él nos acompaña, pasando revista a los marineros, uniformados de blanco. Y -aunque ignoro todavía que mientras tanto, en otros países y puertos, y aún en nuestra propia patria, marinos y soldados alemanes son tratados indecorosamente como si fueran perros- aprecio agradecido este gesto caballeresco hacia nosotros, los vencidos. Aquí aún se conservan evidentemente intactos los conceptos del decoro militar. Tenemos motivo para quedar reconocidos.

En la cámara de jefes soy invitado a exponer mis declaraciones frente a las cartas náuticas y a los libros de cálculos que traigo conmigo. Lo primero que desea establecer el jefe de la flotilla es la razón por la cual no hundí a mi submarino frente a la costa. Le contesté que, si hubiéramos obrado así, habríamos eliminado toda posibilidad de exponer la verdad sobre nuestro viaje.

Pero de su respuesta deduje cuán importante era que justificásemos claramente nuestra actitud: *Comandante, sobre su buque pesa la sospecha de haber hundido, hace pocos días, al buque brasileño Bahía. Además, se supone que usted ha tenido a bordo a Adolf Hitler, Eva Braun y Martín Bormann y que los ha dejado en algún lugar en el sur de nuestro continente. Debemos aclarar primeramente estos puntos.*

Con toda tranquilidad saco mi carta náutica, la extiendo sobre la mesa y explico nuestro itinerario desde el 9 de mayo.

Si esta carta es exacta, entonces usted se encontraba el día del hundimiento del Bahía a más de cincuenta millas marinas del lugar del naufragio. Nosotros verificaremos sus documentos.

Siento la satisfacción de no estar ante estos oficiales con las manos vacías, sino que, por el contrario, tengo pruebas suficientes. Así le serán ahorradas a mi tripulación muchas molestias y trabas.

Los señores oficiales evidentemente no tienen la intención de proseguir por hoy el interrogatorio, antes de haber examinado mis documentos y de que haya llegado un intérprete de Buenos Aires.

Se nos comunica esta vez oficialmente que somos prisioneros de guerra; luego me separan de mis compañeros y me conducen a una espaciosa cámara de oficiales donde encuentro, sobre la mesa, una botella de buen whisky escocés. Afuera montan guardia dos centinelas.

Después de largos, muy largos meses, estoy por primera vez solo, con mis recuerdos y mi responsabilidad.

¿Cómo vine a entrar a un puerto argentino, después de permanecer con mi submarino sesenta y seis días en inmersión? .

¿Por qué finalizó la guerra para nosotros más de cien días después que para todas las Fuerzas Armadas alemanas?

¿Por qué había entrado con mi buque intacto y mis documentos al día, para rendirme en un puerto que, desde marzo del año en curso, era igualmente enemigo?

¿Cómo se originó la creencia de que Hitler hubiera estado con nosotros a bordo?

Durante esa noche, a bordo del *Crucero Belgrano*, me sometí a un severo examen de conciencia. Lo inicié tomando mis apuntes diarios de guerra, y por primera vez los leí totalmente del principio al fin, encadenándolos con los recuerdos y acontecimientos de mi infancia. Así desarrollé mentalmente el film de mi vida, joven pero ya fértil en aventuras.